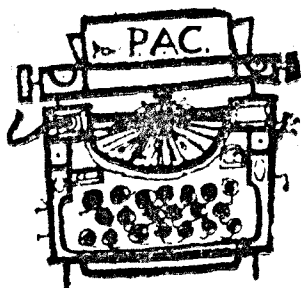


# escrito a máquina

## LUCES DE LA CIUDAD



El viernes se celebró la primera sesión del interesante seminario sobre arquitectura nicaragüense, organizado por la Escuela de esta ciencia en la UNAN. Invitado a participar en él, regresaba al caer la noche mirando, desde la carretera, el enjambre de luces de la ciudad, titilantes y suspensivas, ocultando con su mágico destello la dura, inhóspita, realidad urbana. Un prodigioso paisaje de fondo —de aguas y serranías desdibujadas por la luna en tintas azules y negras— acrecentaba la engañosa belleza: harapos que se hacen joyas, suciedad que se disfraza con un traje de estrellas. ¡La Noche: la estupefa alcahueta! La Madre del Sueño.

¡Qué maravilla es Managua cuando el paño de la noche borra lo REAL y enciende lo POSIBLE! Pocas ciudades se dan el lujo de poseer lagunas, como diamantes, engastadas en su centro urbano, y un lago marginal y un juego de curvas y desniveles insinuando a la imaginación una sintaxis urbanística alucinante.

Pero ¿qué hemos hecho con ella? —Si una catástrofe volcánica la recubriera ahora de lava, como a Pompeya, y dentro de mil años Managua fuera descubierta ¿cuál sería el juicio de una futura mesa redonda de arquitectos sobre los hombres que la hicieron, sobre los que la están haciendo y sobre su cultura?

¿Qué dirían de ese pueblo que recibió la ciudad sobre la tabla rasa de un terremoto y que construyó —en cuarenta años —lo que hoy es Managua? —Los que vieran su paisaje y su casco geográfico ¿qué dirían de la forma cómo lo aprovecharon? —Los arqueólogos que descubrieran sus cloacas ¿qué dirían de la forma en que utilizamos el Lago? —Los que descubrieran sus edificios ¿qué dirían de nuestra capacidad artística, de nuestra originalidad, de nuestras respuestas al reto del clima, de nuestra caótica concepción urbanística? —Los que descubrieran nuestros pretensiosos barrios residenciales ¿qué dirían del muestrario abigarrado de estilos y formas imitadas que allí se exhiben? ¿Encontrarían algún rasgo de originalidad nicaragüense en su ostentación de riqueza?

Lo que verían esos futuros arquitectos y urbanistas del año 3.000 —al descubrir la Managua de hoy— es una ciudad en la cual los hombres que la hicieron dejaron grabado el sello de su egoísmo, de su avaricia y de su estúpido afán de lucro. Pero hay algo más que no vemos nosotros pero que sí verán los hombres futuros: y es que los hombres hacen sus ciudades pero luego son las ciudades las que hacen a los hombres.

Nuestra forma de hacer la ciudad revela una profunda y creciente crisis social en el nicaragüense. Una decadencia de su sentido social; mejor dicho, un sentido anti-social en que dominan, pavorosamente, el egoísmo y la codicia. Pero lo más grave es que, al hacer la ciudad anti-social, fijamos ese espíritu, entablillamos en cemento y macadam esa decadencia, creamos una horma que servirá para deformar el carácter social y el alma misma del morador de la ciudad.

Fijémonos en el detalle de los parques y de las zonas verdes. El afán de lucro de los dueños de solares más la codicia de nuestros administradores de la ciudad han convertido a Managua en una ciudad sin parques. Se ha vendido la belleza. Se ha comerciado con la salud. Se ha hipotecado el porvenir de miles de niños. Pero también hemos destruido un elemento fundamental de la sociabilidad del pueblo nicaragüense. Para comprender a fondo lo que esto significa haga memoria cualquier persona mayor de cuarenta años del significado del parque en el hombre de ayer. La ciudad aflucía a ellos por las noches, sobre todo los domingos. Era un sitio de encuentros, de diálogo, de tertulia, de enamoramientos, de relaciones. Los conciertos y retretas agregaban la nota artística a esta convivencia popular.

Así como hay "el arte de estar en casa" —de que habla Mitscherlich— existe también el arte, tan nicaragüense, de estar fuera de casa: la tertulia en la acera, en la esquina, en el parque. Es el arte de "coger fresco" y de vivir la vecindad en la ciudad calurosa. Al acabar con los parques, al negarnos a hacer bulevares plantados de árboles, al no ofrecer bancos sombreados para descansar y conversar, al ahogar el paseo vecinal ¿no estamos destruyendo una característica del nicaragüense, no estamos matando su arte de ser ciudadano, deformando su sociabilidad y creando hosquedades y rencores anti-comunales?

¿Cuántas cosas están variando en el nicaragüense por la deformación de Managua? —No hay cronista que no anote la limpieza del indio nicaragüense, hombre que se bañaba hasta tres veces al día. Del indio heredó el nicaragüense ese amor al agua y esa característica de hombre limpio. Managua está terminando con ella. El apiñamiento en barrios sin servicio de agua, el Lago prohibido, la nula atención a ese aspecto de servicios públicos (nuestra ciudad no tiene un solo urinario público!) están logrando del

### 3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

nuevo nicaragüense un hombre sucio, cosa terrible en una ciudad caliente.

Y no se diga que todo esto sucede por escasez de recursos, por pobreza. Bellísimas ciudades pobres han existido en la historia, en las cuales la comunidad percibía los beneficios de la vida en sociedad. Entre nosotros no es la falta de recursos sino la falta de proximidad —es el egoísmo afilado, agudizado por la sed de lucro— lo que ha creado este “YO QUE PIERDO” que es nuestro lema urbano. El sentimiento de proximidad es imprescindible para que exista la urbanidad. Si cada quien hace la ciudad y la vive prescindiendo del prójimo, del vecino; la ciudad (que es comunidad) se incomunica, se disuelve en soledades rencorosas. Managua está acabando —como casi todas las aglomeraciones urbanísticas modernas— con el “vecindario”, y en vez de reponer un poco esta dispersión, dotando a sus barrios de factores socializantes y comunitarios como: servicios públicos, lugares de esparcimiento, sitios donde el ciudadano encuentre BELLEZA y ALEGRIA, parques, piscinas populares, lugares de juego, etc., ha sublimado el abandono y la marginación de sus barrios, los ha convertido en un horrendo cilicio de suciedad, de construcciones inhóspitas, de hacinamientos y de CERO servicio público.

**RESULTADO:** ya en un pasado escrito analicé cómo estamos cultivando el odio y los impulsos de agresión con nuestra modelación egoísta de la ciudad. En esos barrios el ciudadano sólo puede sentir rencor al ver y palpar lo poco que le importa él —su vida, su salud, su desarrollo— a la comunidad. Pero hay algo más: “la etnología nos enseña que la historia de la humanidad está llena de ejemplos de formas sociales improductivas, raquíticas, degeneradas” por sus propias estructuras. La inhospitalidad de la ciudad puede degenerar la raza y destruir el carácter de un pueblo. Managua nos muestra hasta qué punto el nicaragüense está perdiendo su capacidad de iniciativa y su espíritu de sociabilidad.

“La ciudad fue el lugar donde nació eso que llamamos libertad civil —esa mentalidad que se opuso a los sordos poderes de la dictadura”— dice el citado Alexander Mitscherlich. Pero al destruir su sintaxis comunitaria, al destruir el espíritu vecinal, lo que hemos hecho es castrar el civismo. Cada día Managua muestra una incapacidad mayor para reaccionar cívicamente a favor de la libertad y de sus derechos ciudadanos. Es el termómetro de su esencial falta de cohesión social.

Recuerdo un epigrama:

“Tanta vileza preñó la ciudad.

Ciro:

esta ciudad está preñada

y temo

que alumbre un nuevo tirano.

Será el hijo bastardo de todos”

PABLO ANTONIO CUADRA